

todo su esplendor, ó como Gros, desaparecer despues de haber sobrevivido al suyo.

1842.

No me habia engañado en mi prevision : el vizconde Ruoltz, despues de haber obtenido un éxito brillante en el teatro de la Opera de Paris como le alcanzó en el de Nápoles, ha abandonado completamente la carrera de la música, y tan buen químico como habia sido gran compositor, acaba de hacer un escelente descubrimiento de que el mundo científico se ocupa en este momento, el cual consiste en dorar el hierro por la aplicacion de la pila de Volta. Es el autor de la plata Ruoltz.

VIII

EL LAZZARONI.

Hemos dicho que hay en Nápoles tres calles por donde se pasa y quinientas por donde no se pasa; hemos procurado, mejor ó peor, describir la de Chiaja, la de Toledo y la de Forcella : procuremos dar una idea de las calles por donde no se pasa; cosa que está muy pronto terminada.

Nápoles está edificada en anfiteatro : resulta de aqui que á escepcion de los muelles que costean el mar, como Marinella, Santa Lucía y Mergellina, todas las calles forman rápidos descensos y subidas, en que únicamente el corricolo con su fantástico tiro, puede mantenerse en ellas sin volcar.

Añadamos á eso que como tan solo los que habitan en semejantes calles pueden tener que hacer en ellas, un

extranjero ó un indigena que se aventura alli con trage de paño, es en aquel momento objeto de la curiosidad general.

Decimos un trage de paño, porque tiene una grande influencia en el pueblo napolitano. El que está *vestito di pano* adquiere por el hecho mismo de esta superioridad suntuaria grandes privilegios aristocráticos. Volveremos á hablar de esto.

Asi la aparicion de algun Cook ó de algun Bougainville es muy rara en aquellas desconocidas regiones, donde no hay que descubrir mas que el interior de inmundas casas, á cuya puerta ó ventana la abuela peina á su hija, la hija á su niño, y el niño á su perro. El pueblo napolitano es el pueblo de la tierra que mas se peina; acaso está condenado á aquel ejercicio por algun juicio secreto, y cumple una pena análoga á la de las cincuenta hijas de Danao, con la diferencia de que cuanta mas agua echaban en su barrica menos quedaba en ella.

Pasamos por cincuenta de aquellas calles sin ver ninguna diferencia entre ellas. Una tan solo nos pareció que presentaba caracteres particulares: era la calle de la Morta-Capuana, calle larga, empolvada, con el piso de pedernales y arroyos por aceras. Está adornada con árboles á la derecha, y á la izquierda por una larga fila de casas, cuyo aspecto no ofrece al primer golpe de vista nada de raro; pero si el indiscreto viajero, llevando algo mas lejos sus pesquisas se aproxima á aquellas casas; si echa una ojeada al pasar á las callejuelas sombrías y tortuosas que se cruzan en todos sentidos en aquel intrincado laberinto, se admirará al ver que aquel singular barrio, como la isla de Lesbos, no está habitado mas que por mujeres, las que, viejas ó jóvenes, feas ó bonitas, de todas edades, de todos los paises, de todas condiciones, están mezcladas unas con otras, custodiadas como criminales, cercadas como rebaños, batidas como pudiera

hacerse con las fieras de un monte. Pues bien; no son, como pudiera creerse, gritos, blasfemias, lamentos, lo que se oye en aquel extraño pandemonium, sino por el contrario, alegres canciones, frenéticas tarantelas, carcajadas capaces de hacer pecar á un anacoreta.

Lo demas está todo habitado por una poblacion que no se puede denominar, que no se puede describir, que no se sabe lo que hace, que se ignora como vive, que se cree muy por encima del lazzaroni, y que está mucho mas abajo.

Dejémosla, pues, para pasar al lazzaroni.

¡Ay! el lazzaroni desaparece: el que quiera ver todavía al lazzaroni, debe apresurarse. Nápoles iluminado de gas, Nápoles con las fondas, Nápoles con sus bazares, espanta al indolente hijo del muelle. El lazzaroni, como el indio rojo, retrocede ante la civilizacion.

La invasion francesa de 99 es la que ha dado el primer golpe al lazzaroni.

En aquella época gozaba el lazzaroni, de todo el lleno de las prerogativas de su paraiso terrestre; como el primer hombre antes del pecado, para nada se servia del sastre: absorbía el sol por todos los poros.

Curioso y pesado como un niño, el lazzaroni habia trabado amistad al punto con el soldado francés á quien habia combatido; pero el soldado francés es ante todo decente y considerado: concedió al lazzaroni su amistad, consintió en beber con él en la taberna, en ir del brazo al paseo, pero con una condicion *sine qua non*, que el lazzaroni pasearia vestido. El lazzaroni, enorgullecido con el ejemplo de sus antepasados y de diez siglos de desnudez, luchó algun tiempo contra aquella exigencia, pero al fin consintió en hacer ese sacrificio á la amistad.

Este fué el primer paso hácia su perdicion. Despues del primer trage se añadió el chaleco, despues del chaleco vendrá la chaqueta. El dia en que el lazzaroni tenga

chaqueta, ya no habrá lazzaroni; será una raza estinguida, el lazzaroni pasará del mundo real al mundo de las conjeturas; el lazzaroni quedará relegado al dominio de la ciencia, como el mastodonte y el ichtyosauro, como el cíclope y el troglodita.

Entretanto, como hemos tenido el honor de ver y estudiar los últimos restos de aquella grande raza que cae, apresurémonos, para ayudar á los sábios en sus investigaciones antropológicas, á decir lo que es el lazzaroni.

El lazzaroni es el hijo primogénito de la naturaleza: para él es el sol que brilla; para él la mar que murmura; para él la creación que sonríe. Los demás hombres tienen una casa, ó una villa, ó un palacio; el lazzaroni tiene el mundo.

El lazzaroni no tiene amo, no tiene leyes, es extraño á todas las exigencias sociales: duerme cuando tiene sueño, come cuando tiene hambre, bebe cuando tiene sed. Los demás pueblos descansan cuando están cansados de trabajar; él, por el contrario, cuando está cansado de descansar, trabaja.

Trabaja, pero no es ese trabajo del Norte que hunde eternamente al hombre en las entrañas de la tierra para sacar de ella la ulla ó el carbon de piedra; que le encorva sin cesar sobre el arado para fecundar un suelo siempre trabajado y siempre ingrato: que le tiene siempre sobre inclinadas techumbres ó derruidas paredes, de donde se precipita y se hace pedazos; sino el trabajo alegre, descuidado, salpicado de cancioncillas y ademanes, interrumpidas por la risa, que le hace enseñar su blanca dentadura, y por la pereza que le obliga á estender sus brazos; ese trabajo que dura una hora, diez minutos, un momento, y que en ese momento le produce un jornal mas que suficiente para las necesidades del dia.

¿Qué trabajo es ese? Solo Dios lo sabe.

Una maleta trasportada del buque de vapor á la fonda,

un inglés conducido desde el muelle á Chiaja, tres pescados escapados de la red que los aprisiona, y vendidos á un cocinero; la mano estendida al acaso, y en la que el *forestiere* deja caer sonriendo una limosna; hé aqui el trabajo del lazzaroni.

En cuanto á su alimento, es mas fácil de decir: aunque el lazzaroni pertenece á la especie de los omnivoros, el lazzaroni no come generalmente mas que dos cosas: la pizza y el cocomero.

Créese generalmente, que el lazzaroni vive de macarroni: es un grande error que es tiempo ya de hacer desaparecer; el macarroni es natural de Nápoles, es verdad, pero hoy el macarroni es un plato europeo que ha viajado como la civilización, y que como esta, se encuentra muy lejos de su cuna. Por otra parte, el macarroni cuesta á dos cuartos la libra, por lo que no es accesible á las bolsas de los lazzaroni mas que los domingos y dias festivos. Todo lo demás del tiempo, el lazzaroni come, como hemos dicho, de los pizza y del cocomero; del cocomero en el verano, y de los pizza en el invierno.

La pizza es una especie de torta de queso como se hacen en Saint-Denis; es redonda, y se amasa como el pan. Las hay de diferentes tamaños, segun el precio. Una pizza de tres maravedises, basta para un hombre, una pizza de dos cuartos debe hartar á toda una familia.

Al primer aspecto, parece la pizza un manjar simple; pero despues de examinarlo, es un bocado compuesto. La pizza es de aceite, la pizza es de tocino, la pizza es de manteca de puerco sin sal, de tomates, de pescados pequeños, de queso; es el termómetro gastronómico del mercado: alza ó baja de precio, segun el coste de las materias susodichas, segun la abundancia ó la escasez del año. Cuando la pizza de pescadilla está á medio grano, es señal de que la pesca ha sido buena; cuando la pizza de aceite está á grano, es que la recolección ha sido mala.

Otra cosa influye tambien en el precio de la pizza; el que esté mas ó menos tierna: compréndese que no se puede vender la pizza de la vispera al mismo precio que se vende la del mismo dia; para las bolsas reducidas, hay pizza de una semana; estas, si no como un bocado esquisita, pueden ventajosamente al menos reemplazar á la galleta.

Como hemos dicho, la pizza es el alimento del invierno. El 1.º de Mayo reemplaza el cocomero á la pizza; pero únicamente la mercancía es la que desaparece; el mercader siempre es el mismo. Este es como el Jano de la antigüedad, con su cara que llora al pasado y su cara que sonríe al porvenir. En ese dia el vendedor de pizza se hace millonario.

El cambio no alcanza al establecimiento: la tienda queda la misma. Llevan un canasto de cocomeri en lugar de una cesta de pizza; pasan una esponja sobre las diferentes capas de aceite, de tocino, de manteca de puerco, de queso, de tomates y de pescados, que ha dejado el comestible de invierno, ya está hecho todo, se pasa al comestible de verano.

Los buenos cocomeros son los de Castellamare; tienen un aspecto á la vez favorable y apetitoso: bajo su corteza verde; presentan una carne cuya rosa viva hacen resaltar las pepitas; pero un buen cocomero cuesta caro; un cocomero del grueso de una bala de ochenta, cuesta de cinco á seis cuartos. Es verdad que un cocomero de ese calibre, en las manos de un diestro vendedor al por menor, puede dividirse en mil ó mil doscientos pedazos.

Cada nuevo cocomero que se abre, es una representacion nueva; los competidores se colocan uno frente á otro; trátase de quien dará la cuchillada con mas destreza y precision. Los espectadores juzgan.

El melonero coge el cocomero del canasto en que está colocado piramidalmente con otros veinte, como están co-

locadas las balas en un arsenal. Lo olfatea, le eleva por encima de su cabeza, como un emperador romano el globo del mundo. Grita: « ¡ Es una granada! » Lo cual anuncia de antemano que la carne será del encarnado mas hermoso. Se abre de un solo golpe, y presenta al público los dos hemisferios, uno en cada mano. Si en lugar de encarnada es amarilla ó verdosa la carne del cocomero, lo cual indica una calidad inferior, la pieza hace fiasco; el mellonaro es silbado, escarnecido, vilipendiado: tres caidas, y un mellonaro está deshonorado para siempre.

Si el vendedor conoce, por el peso ó por el olfato, que el cocomero no es bueno, se guarda muy bien de confesarlo. Al contrario, se presenta con mas audacia al pueblo; enumera sus cualidades, pondera su sabrosa carne, ensalza su helado liquido: — De buena gana comería esta carne! ¡ Os alegrariais beber esta agua! esclama; pero esto no es para vosotros; esto se os pasa por los ojos; está destinado á personas mucho mas nobles que vosotros. El rey me ha hecho que lo reserve para la reina.

Y le hace pasar de su derecha á su izquierda, con grande embobamiento de la multitud que envidia la felicidad de la reina y admira la galanteria del rey.

Mas, si por el contrario, abierto el cocomero es de una calidad satisfactoria, la multitud se precipita, y el despacho empieza.

Aunque no haya para el cocomero mas que un comprador, hay generalmente tres consumidores: en primer lugar, su único y verdadero propietario, el que paga su pedazo por medio dinero, un dinero ó un ochavo, segun su tamaño; el cual come aristocráticamente de él la misma porcion, poco mas ó menos, que come de queso un hombre bien educado, y le pasa á un amigo menos afortunado que él; en seguida el amigo que le recibe de segunda mano, saca de él lo que puede, y le pasa á su vez al granuja que espera aquella liberalidad inferior; en fin, el gra-

nuja que muerde la corteza, y despues del que es completamente inútil rebuscar.

Con el cocomero se come, se bebe, se lava uno, segun asegura el vendedor; el cocomero contiene, pues, á la vez lo necesario y lo superfluo.

Asi el mellonaro hace muy mala obra á los aguajoli. Los aguajoli son los comerciantes de coco en Nápoles, solo que en lugar de un execrable cocimiento de regaliz venden una excelente agua helada, acidulada con un pedazo de limon; ó perfumada con tres gotas de sambuco.

Contra toda probabilidad, por el invierno es cuando los aguajoli hacen mas negocios. El cocomero apaga la sed, mientras que la pizza la escita, cuanto mas cocomero se come, menos sed se tiene; no se puede comer una pizza sin riesgo de ahogarse de sed.

La aristocracia es, pues, la que sostiene los aguajoli en el verano. Los principes, los duques, los grandes señores no se desdenan de hacer parar sus trenes en las tiendas de los aguajoli, y de beber uno ó dos vasos de aquella deliciosa bebida, de la que cada vaso no cuesta un ochavo.

A la verdad, nada tan incitador en aquel ardiente clima, como el puesto del aguajoli, con un toldo de follage, sus pirámides de limones y sus dos garrafas de agua de nieve. De mí, sé decir que no me cansaba, y que encontraba magnífico aquel modo de refrescar casi sin necesidad de detenerse. Se encuentran aguajoli de cincuenta en cincuenta pasos; no hay mas que estender la mano al paso, el vaso os sale al encuentro, y la boca se aproxima por sí misma al vaso.

En cuanto al lazzaroni, comiendo su cocomero, hace muecas á los que beben.

Hoy no basta que el lazzaroni coma, beba y duerma; es preciso tambien que el lazzaroni se divierta. Conozco una mujer de talento que pretende que no hay nada necesario

mas que lo superfluo, ni de positivo que lo ideal. El aserto parece algo violento á primera vista, y sin embargo, pensándolo bien, se reconoce que hay, sobre todo para las *gentes de buena sociedad*, algo de verdad en ese principio.

Ahora bien, el lazzaroni tiene muchos de los vicios del *hombre de buena sociedad*. Uno de sus vicios es amar los placeres. Estos no le faltan. Enumeremos los placeres del lazzaroni.

Tiene el improvisador del muelle. Desgraciadamente, lo hemos dicho, hay en Nápoles dos cosas que van desapareciendo y el improvisador es una de ellas.

¿Por qué va desapareciendo el improvisador? ¿Cuál es la causa de su decadencia? He aquí lo que todo el mundo se pregunta y lo que nadie ha podido resolver.

Se ha dicho que el predicador habia entablado una competencia: es verdad; pero examinad en el mismo sitio al predicador y al improvisador; vereis que el predicador predica en desierto, y el improvisador canta para la multitud. No puede por tanto ser el predicador el que ha dado el golpe mortal al improvisador.

Se ha dicho que Ariosto habia caducado, que la locura de Rolando era demasiado conocida, que los amores de Medoro y Angélica, continuamente repetidos, habian perdido casi todo su interés; en fin, que desde el descubrimiento de los buques de vapor y los fósforos, los encantamientos de Merlin parecian pálidos.

Nada de eso es exacto, y la prueba es que suspendiendo el improvisador sus conciertos como el poeta suspende sus cantos, y deteniéndose todas las noches en el pasaje mas interesante, no se pasa un dia sin que algun lazzaroni impaciente vaya á despertar al improvisador para saber la continuacion de su narracion.

Ademas, no es el auditorio el que falta al improvisador, es el improvisador el que falta al auditorio.

Pues bien, la causa de la decadencia de la improvisacion, creo haberla hallado : hela aquí. El improvisador es ciego como Homero : como Homero, estiende su sombrero hácia la multitud para obtener de ella una débil retribucion : esta retribucion, por muy módica que sea, es la que perpetúa el improvisador.

Mas entonces, ¿qué sucede en Nápoles? que cuando el improvisador dá la vuelta al círculo alargando su sombrero, hay espectadores poéticos y de conciencia que meten la mano en él para dejar un cuarto ; pero los hay tambien que abusando de la misma accion, en lugar de meter un cuarto, retiran dos.

Resultando de aquí que cuando el improvisador ha concluido de dar la vuelta, encuentra su sombrero tan completamente vacío como antes de haberla comenzado, y con el forro de menos.

Como se comprende, este estado de cosas no puede durar : el arte necesita una subvencion ; si le falta la subvencion, el arte desaparece. Pero como dudo que el gobierno de Nápoles subvencione jamás al improvisador, el arte de la improvisacion está á punto de desaparecer.

Es, pues, un placer que se le escapa al lazzaroni ; pero á Dios gracias, á falta de ese hay otros.

Cuenta tambien con la revista que el rey pasa á sus tropas cada ocho dias.

El rey de Nápoles es uno de los reyes mas guerreros de la tierra : desde muy jóven hácia variar los uniformes de la tropa. Con motivo de uno de esos cambios, que no se verifican sin abrir honda brecha en el tesoro, fué el decirle su abuelo Fernando rey muy sensato, las palabras memorables que prueban el caso que el rey hacia, no sin duda del valor, sino del arreglo de su ejército :

— Mi querido hijo, que los vistas de blanco, que los vistas de encarnado, ellos huirán siempre.

Esto no fué bastante para detener al jóven principe en sus disposiciones belicosas ; continuó estudiando la media vuelta á la derecha y la media vuelta á la izquierda, llevó hasta la perfeccion el corte de la casaca y la forma del schakó ; en fin, llegó á ensanchar los cuadros de su ejército hasta hacer entrar en ellos casi cincuenta mil hombres.

Como se comprenderá, es un lindísimo juguete real cincuenta mil soldados que marchan, se detienen, vuelven, giran á la voz, ni mas ni menos que si cada una de aquellas individualidades fuera una máquina.

Examinemos ahora como está montada aquella maquinaria, y esto sin hacer el menor agravio al genio organizador del rey, ni al valor individual de cada soldado.

El primer cuerpo, el cuerpo privilegiado, el cuerpo por excelencia de todos los tronos que se estremecen, aquel al que está confiada la custodia del palacio, está compuesto de suizos ; sus ventajas son una paga mayor ; sus privilegios el derecho de llevar el sable por la ciudad.

La guardia viene en segundo lugar, lo cual hace que aunque gozan de las mismas ventajas y los mismos privilegios que los suizos, aborrece á los dignos descendientes de Guillermo Tell, los cuales á sus ojos han cometido un crimen imperdonable ; el de haber ocupado el primer lugar.

Después de la guardia va la legion siciliana, que aborrece á los suizos porque son suizos, y á los napolitanos porque son napolitanos.

A los sicilianos sigue la tropa de línea, que aborrece á los suizos y á la guardia, porque esos dos cuerpos tienen ventajas que ella no disfruta, y privilegios que se la niegan, y á los sicilianos por la sola razon de ser sicilianos.

Por último, la gendarmeria, que por su cualidad de gendarmeria es odiada naturalmente por los demas cuerpos.

Esos son los cinco elementos de que se compone el ejército de Fernando II, ese formidable ejército que el gobierno napolitano ofrece al príncipe imperial de Rusia como la vanguardia de la futura coalición que debe avanzar sobre la Francia.

Colocad en un llano á los suizos y la guardia, los sicilianos y la tropa de línea; haced que la gendarmería dé la señal del combate, y suizos, napolitanos, sicilianos y gendarmes se degollarán unos á otros hasta perecer todos sin haber andado diez pasos.

Escalonad estos cinco cuerpos contra el enemigo; acaso ninguno se mantendrá en su puesto, porque cada división estará convencida de que tiene menos que temer del enemigo que de sus aliados, y que cuanto mas rudo sea el ataque del uno, peor apoyado será por los otros.

Esto no impide que sea muy agradable el ver funcionar aquella máquina militar. Así cuando el lazzaroni la ve operar, aplaude; cuando oye su música hace la rueda. Únicamente cuando hace ejercicio de fuego, se pone en salvo; puede quedarse una baqueta en algun fusil; es cosa que ya se ha visto.

Pero el lazzaroni tiene aun otros placeres.

Tiene que en todas partes tocan, y en Nápoles cantan. El instrumento del lazzaroni es la campana. Mas feliz que Guildenstern, el cual se niega á Hamlet á tocar la flauta bajo el pretexto de que no sabe tocarla, el lazzaroni sabe tocar la campana sin haber aprendido. Quiere hacer un ejercicio grato y saludable despues de un largo reposo; entra en una iglesia y pide al sacristan que le deje tocar la campana; el sacristan, gozoso con descansar, se hace de rogar un instante para dar mas importancia á su concesion; luego le da la cuerda: el lazzaroni se cuelga al punto de ella, y mientras el sacristan se cruza de brazos, el lazzaroni da volteretas.

Tiene tambien el carruage que pasa y que le pasea gra-

tis. En Nápoles no hay criado que consienta en ir á la trasera de un carruage, ni amo que permita que el criado se sienta á su lado. Resulta de aqui que el criado sube al pescante con el cocheró, y el lazzaroni va en la trasera. Se han ensayado toda clase de medios para echar al lazzaroni de ese puesto, y todos los medios han fracasado. Ha pasado á ser una costumbre, y como todo lo que pasa á ser costumbre, tiene hoy fuerza de ley.

• Tiene ademas los títeres en los Puppi. El lazzaroni no entra en el local donde se verifica la representacion, es verdad. En los Puppi las galerias cuestan cinco cuartos, las butacas tres, y las lunetas seis maravedises. Estos precios exorbitantes esceden con mucho á los medios de los lazzaroni. Pero para llamar parroquianos, colocan en un tablado levantado delante de la entrada del teatro las principales figuras adornadas con sus mejores trages. Entre ellas está el rey Latinus con su manto real, el cetro en la mano y la corona sobre su cabeza; la reina Amata con su trage de gala y ceñida á su frente la diadema que oprimirá su garganta; el piadoso Eneas, ostentando en su mano la espada que dará la muerte á Turnus; la jóven Lavinia, sombreados sus cabellos con la flor virginal del naranjo; y en fin, el polichinela. El polichinela, personaje indispensable, diplomático universal, Talleyrand contemporáneo de Moisés y de Sesostris, está encargado de mantener la paz entre los troyanos y latinos; y cuando pierde toda esperanza de arreglar las cosas, se subirá á un árbol para ver la batalla, y no se bajará de él mas que para enterrar á los muertos. Eso es lo que ve el feliz lazzaroni, eso es todo lo que desea. Conoce los personajes, su imaginacion pará lo demas.

Por último, tiene el inglés. ¡Pardiez! habiamos olvidado al inglés.

El inglés, que es para él mas que el improvisador, mas que la revista, mas que las campanas, mas que los puppi,

el inglés que le proporciona no solo diversion, sino dinero ; le inglés, su negocio, su bien, su propiedad ; el inglés, delante de quien va para enseñarle el camino, ó á quien sigue para robarle su pañuelo ; el inglés, á quien vende curiosidades, á quien proporciona medallas antiguas, á quien enseña su idioma ; el inglés, que le arroja al mar cuartos que recoge sumergiéndose ; el inglés, en fin, á quien acompaña en sus escursiones á Pouzzoles, á Castellamare, á Capri y á Pompeya. Porque el inglés es original por sistema : algunas veces no admite al guia matriculado y al ciceroni de número : se acomoda con el primer lazzaroni que se le presenta, sin duda porque el inglés tiene una atraccion instintiva para el lazzaroni, como este tiene una simpatía calculada para con el inglés.

Y preciso es confesarlo, el lazzaroni no solo es buen guia, sino tambien buen consejero. Durante mi permanencia en Nápoles, sucedió que un lazzaroni dió á un inglés tres consejos, de que se aprovechó perfectamente. Por lo que los tres consejos le habian valido cinco duros al lazzaroni, con lo que se habia asegurado una tranquila existencia para el tiempo de seis meses.

He aqui el caso.

IX

EL LAZZARONI Y EL INGLÉS

Estaba en Nápoles en el mismo tiempo que yo y en la misma fonda, uno de esos ingleses caprichosos, flemáticos, dominantes, que creen que el dinero es el móvil de todo, que se figuran que con dinero se debe lograr todo ; en fin, para quienes el dinero es el argumento que responde á todo.

El inglés se habia hecho este razonamiento. Con mi dinero diré lo que pienso ; con mi dinero me procuraré lo que quiero ; con mi dinero compraré lo que deseo. Si tengo bastante dinero para pagar bien la tierra, veré despues de poner precio al cielo.

Habia salido de Lóndres con aquella bella ilusion. Se dirigió directamente á Napoles, á bordo del vapor *The*